

HE DEJADO DE ESPERAR

“Si recibimos el testimonio de los hombres, mayor es el testimonio de Dios, porque este es el testimonio con que Dios ha testificado acerca de su Hijo. El que cree en el Hijo de Dios tiene el testimonio en sí mismo; el que no cree a Dios, lo ha hecho mentiroso, porque no ha creído en el testimonio que Dios ha dado acerca de su Hijo. Y este es el testimonio que Dios nos ha dado vida eterna y esta vida está en su Hijo. El que tiene al Hijo tiene la vida; el que no tiene al Hijo de Dios no tiene la vida. Estas cosas os he escrito a vosotros que creéis en el nombre del Hijo de Dios, para que sepáis que tenéis vida eterna y para que creáis en el nombre del Hijo de Dios” (1 San Juan 5:9-13)

¡La primera vez que leí estos versículos me quedé de piedra! En particular el versículo 13 me llamó la atención. San Juan dijo, **“estas cosas os he escrito a vosotros que creéis en el nombre del Hijo de Dios, para que sepáis que tenéis vida eterna”**. Estaba diciendo **¡para que sepáis!** Esto me retó a examinar mi propio corazón para comprobar si yo tenía esta garantía de vida eterna como se afirma en las Sagradas Escrituras.

Durante muchas generaciones nuestra familia había sido muy católica. Uno de mis antepasados permitía que su casa fuera usada como Capilla, donde celebraban la misa regularmente. Mis padres estaban involucrados en su iglesia; mi madre era una mujer de oración, y con regularidad rezaba Novenas y Rosarios. Dedicaba mucho de su tiempo a la adoración de la “virgen María” y muchos de los santos. Mi padre formaba parte de la Confraternidad de la Sagrada Familia, una organización de hombres que se reunía una vez cada semana para rezar a Jesús, María y José, llamada ‘La Sagrada Familia’.

Nuestros padres, cuando éramos niños, tenían mucha influencia en nosotros. Recuerdo a todos nosotros arrodillados juntos por la tarde rezando el rosario a la virgen María. Durante años, acompañaba a mi padre a muchas reuniones de la Confraternidad de la Sagrada Familia.

Mis días en la escuela comenzaron en el convento local, donde las monjas me educaban. Después de recibir mi primera comunión, asistí a la escuela de los Hermanos Cristianos. Uno de los chicos de mi clase era protestante. Aunque veníamos de antecedentes y tradiciones diferentes, éramos muy amigos. Ambos teníamos una cosa en común: **ESPERABAMOS** ir al cielo después de morir.

Yo **ESPERABA** que iría al cielo porque siendo niño fui bautizado en la Iglesia Católica Romana. Cada vez que iba a confesarme el cura me decía que había sido absuelto de mis pecados, también me decía que cada vez que tomaba la comunión recibía el cuerpo, sangre, alma y divinidad de Jesucristo. Al cumplir los 12 años recibí la confirmación, el arzobispo me ungió con aceite. Asistí a la misa y recibí los sacramentos repetidas veces. Para mí, yo era un católico devoto, y **ESPERABA** que eso me llevara al cielo.

Mi amigo **ESPERABA** que podía ir al cielo porque estaba bautizado e inscrito como miembro de la Iglesia Protestante. Él aprendía el catecismo, iba a la escuela dominical, había sido confirmado y con regularidad iba a los cultos en su iglesia. Se

consideraba un buen protestante, y **ESPERABA** sinceramente que eso le llevara al cielo.

Yo **ESPERABA** que la Iglesia Católica trabajara para mí, e hiciese todo lo necesario para ayudarme a llegar al cielo.

Mi amigo **ESPERABA** que la Iglesia Protestante, de la que era miembro haría muchos esfuerzos para asegurarme un lugar en el cielo. Ambos **ESPERÁBAMOS** que nuestras propias iglesias intentarían conseguir la salvación para nosotros.

Después de dejar la escuela conseguí un trabajo en una funeraria. En los funerales veía los corazones rotos de la gente que estaba llorando en el cementerio. Ellos **ESPERABAN** que su ser querido, al cual estaban enterrando, fuera al cielo. En los funerales católicos, el cura intentaba consolar a la familia, pero él también **ESPERABA** que el alma de la persona que estaban enterrando fuera con el Señor. El cura no estaba seguro que así fuera, ni la familia ni ninguno de los que allí se encontraban.

En el caso de que el fallecido no hubiera hecho lo suficiente mientras vivía, y que no hubiera trabajado lo suficientemente duro para ganar su salvación, el cura diría “misas por su muerte”. Ellos **ESPERABAN** que esto le ayudaría a la persona a ir al cielo. La familia y amigos comprarían tarjetas de misa, y después ellos pagarían al cura para celebrar misas para su ser querido. **ESPERABAN** que las misas ayudarían a su ser querido a ir al cielo. Las misas, de hecho, serían dichas durante años. El cura que celebraba la misa y la gente que había pagado por ellas sinceramente **ESPERABAN** ayudar a salvar el alma del fallecido.

Cada año, en el mes de noviembre, los curas enviarían una lista a cada casa de su parroquia. La gente se animaba a escribir los nombres de sus familiares muertos en la lista, la cual, después era devuelta a los curas. El día de Todos los Santos, las misas eran celebradas para el descanso de las almas de todos los que eran mencionados en las listas.

Recuerdo ver a mi madre escribiendo los nombres de nuestros familiares fallecidos en la lista. Ella después se la devolvía a los curas junto con dinero para pagar por las misas por la muerte. Ella **ESPERABA** que por hacer esto podría ayudar a asegurar una plaza para sus seres queridos. La gente podía también ir a la parroquia en el día de Todos los Santos y rezar por las almas en el Purgatorio. Ellos **ESPERABAN** que sus plegarias ayudarían a liberar algunas de las “almas santas” de su sufrimiento en el “fuego de la purgación”. Todos **ESPERABAN** que todos estos esfuerzos funcionaran pero nunca sabían si funcionaban.

En los funerales protestantes, el pastor intentaba consolar los corazones rotos de los asistentes. Sus corazones estaban rotos porque realmente no sabían si el alma de su ser querido había ido al cielo. Los miembros de la familia, junto con sus amigos y vecinos, **ESPERABAN** que todo fuera bien entre el fallecido y Dios. El pastor también lo **ESPERABA**, pero ninguno de ellos realmente lo sabía.

Me preguntaba que pasaría a la hora de mi muerte. Podía imaginarme a mi mismo en mi lecho de muerto, pero sabía que yo realmente estaría **ESPERANDO** ir al cielo.

Definitivamente, estaría **ESPERANDO** que no fuera al infierno. ¡Qué aterrador estar en esta situación mientras estas muriendo! Qué terrible sería estar sin la certeza sobre dónde vas a ir. Realmente, estaba deseando tener la certeza de que iría al cielo cuando muriese.

Muchos años después, todavía lo **ESPERABA**. En esa etapa de mi vida estaba casado y tenía una familia. Si mis niños me hubiesen preguntado en ese momento que si tenía la seguridad de ir al cielo cuando muriese yo les habría tenido que contestar “**ESPERO** que sí, pero en realidad no lo sé.” ¡Deseaba saberlo!

En noviembre 1975, me encontré con un amigo mío, quien me dijo que sabía con seguridad que iría al cielo cuando muriese. Había conocido a este hombre por muchos años. Él también había **ESPERADO** que algún día iría al cielo, pero me dijo que ya **HABÍA DEJADO DE ESPERAR**. Me dijo que en realidad **SABÍA** que iría al cielo. Le pedí que me explicara cómo podía tener esa certeza. Dijo que lo encontró leyendo y creyendo la Sagrada Escritura. Me dijo que en la Biblia, Dios revelaba su plan para la salvación. Me animaba a leer la Sagrada Escritura por mí mismo.

En la primera Epístola de San Juan, leí las siguientes palabras: “**Estas cosas os he escrito a vosotros que creéis en el nombre del Hijo de Dios, para que SEPÁIS que tenéis vida eterna y para que creáis en el nombre del Hijo de Dios...**” (1 San Juan 5:13) Me sorprendió que Juan pudiera decir “**para que SEPÁIS**”. ¡Eso era lo que necesitaba! ¡Necesitaba **SABER**! Hay una gran diferencia entre **ESPERAR** por algo y saber la realidad. Según lo que estaba leyendo en la Palabra de Dios, era realmente posible saber que tienes vida eterna. ¿Me preguntaba para quién estaban escritas esas palabras? Juan dice: “**Estas cosas os he escrito a vosotros que CREÉIS**”. ¿Vosotros que creéis **QUÉ**, preguntaba?

La respuesta para mi pregunta era evidente: Esas cosas fueron escritas para los que creen lo que dice Dios acerca de su Hijo. San Juan nos dice: “**Y este es el testimonio: que Dios nos ha dado vida eterna y esta vida está en su Hijo**” (v.11). Según la Sagrada Escritura, la vida eterna está en una **PERSONA** (Jesucristo), y su obra a favor del pecador. Por primera vez en mi vida me enfrentaba al hecho de que la vida eterna está en una persona, no en una religión.

Jesús dijo, “**Yo soy el camino, la verdad y la vida; nadie viene al Padre sino por mí**” (1 San Juan, 14:16). Durante muchos años había creído que la religión era la manera de tener vida eterna, pero ahora podía ver que la Sagrada Escritura no hablaba de una religión, sino de una relación con Jesucristo el Señor. Estaba leyendo en la Palabra de Dios la importancia de creer en, confiar en y contar con esta Persona. Jesús dijo: “**De tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree no se pierda, sino que tenga vida eterna**” (San Juan, 3:16).

El Salvador dijo: “**De tal manera amó Dios al mundo**”. ¿Pero eso **ME** incluye?, me pregunté. ¿Dios me ama en realidad como individuo? Sabía que era un pecador y que mis pecados tenían que ser pagados. De hecho, leí en el nuevo testamento: “**por tanto todos pecaron y están destituidos de la gloria de Dios**” (Romanos 3:23). Sabía, sin duda, que estaba incluido ahí. La Palabra de Dios está más clara que el agua y expresa específicamente que todos somos pecadores; y las palabras “**Pero**

Dios muestra su amor para nosotros, en que siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros” (Romanos 5:8) me animaba mucho. ¡Cómo mi corazón empezaba a calentarse mientras leía estas palabras preciosas!

Después leí que Pedro dijo del Señor Jesucristo: **“Él mismo llevó nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero”** (1 Pedro 2:24). También lo que dijo Pablo de Jesús, **“el cual se dio a sí mismo por nuestros pecados”** (Gálatas 1:4).

Ahora había leído sobre el amor de Dios por el MUNDO y cómo Cristo murió por NOSOTROS. El hecho de que Jesús llevase NUESTROS pecados y se diese a sí mismo por NUESTROS pecados estaba explicado en lo que había leído. Por lo que a mí se refiere, la pregunta más importante era: ¿Dios ME ama? Es bueno leer sobre el amor de Dios por el MUNDO, ¿pero para MÍ, como individuo?

Mi pregunta fue contestada con lo que el apóstol Pablo dijo: **“El Hijo de Dios, el cual ME amó y se entregó a sí mismo por MÍ”** (Gálatas 2:20). Esto era justo lo que necesitaba saber. El apóstol Pablo, quien escribió la carta a los Gálatas, supo que Dios amaba al mundo, pero también sabía que Dios le amaba a él de forma individual. Él sabía que Cristo había sufrido y muerto en la cruz del Calvario; él sabía que Jesús llegó a ser el que sustituyó a los pecadores y pagó de forma completa la culpa de los pecados de todos aquellos que se arrepintieron y pusieron su fe en él. ¡Esto era justo lo que necesitaba saber también! Me di cuenta que yo era un pecador y que mi pecado necesitaba ser redimido. Yo deseaba saber que Dios me amaba tanto que envió a su hijo, el Señor Jesucristo, para morir por MI pecado.

Mientras leía estos versículos otra vez, podía ver que Dios SI me amaba. Él demostró su gran amor por mí en la cruz. Esto quedó muy claro cuando volví a leer: **“El Hijo de Dios, el cual ME amó y se entregó a sí mismo por MÍ”** (Gálatas 2:20). Yo podía ver que Dios me amaba de forma individual. Me amaba tanto que envió a su propio Hijo, el Señor Jesucristo, a morir por mi redención.

El Hijo de Dios, que me amaba y se dió por mí, pagó de forma completa, como mi sustituto, todo lo que era necesario para que mi pecado pudiera ser perdonado. Pero, ¿Por qué Dios hacía esto por un pecador como yo? La respuesta estaba muy clara en las Escrituras: ¡Era porque Él me AMABA!

San Pablo dice que: **“pero cuando se manifestó la bondad de Dios, nuestro Salvador, y su amor para con la humanidad, nos salvó, no por obras de justicia que nosotros hubiéramos hecho, sino por su misericordia”** (Tito, 3:4-5).

Estaba muy sorprendido cuando leí aquí el plan de salvación de Dios. Nosotros no somos salvos como resultado de nuestro trabajo, buenas obras o esfuerzos; de hecho, de acuerdo con la palabra de Dios, nuestros propios esfuerzos o méritos no tienen nada que ver con nuestra salvación, Dios no los tiene en cuenta.

Las Escrituras subrayan muy claramente el hecho de que somos salvos, no por lo que hemos hecho, sino por lo que DIOS ha hecho para nosotros. Es por su MISERICORDIA que Él nos ha salvado; Él ha tenido misericordia del pecador. En estos versículos menciona el hecho de que la bondad y el amor de Dios “se manifestó”, pero ¿dónde y cuándo la bondad y el amor de Dios se manifestó? Según

las Escrituras, el amor de Dios se manifestó, o fue demostrado públicamente, en el Calvario, cuando el Señor Jesucristo sufrió y murió en la cruz como sustituto de los pecadores. La Palabra de Dios lo deja claro, no importa las buenas obras que he hecho o qué esfuerzos he hecho para salvarme; no era importante la iglesia a la que asistía; ninguna de estas cosas jamás podía salvar mi alma; el mensaje de la Biblia era claro: tenemos salvación por la misericordia de Dios.

¡Qué gran reto era esto para mí! Por muchos años había estado **ESPERANDO** que yo pudiera ganar o merecer la salvación por ser religioso, dependiendo de una iglesia y haciendo lo mejor; yo pensaba que nunca podía saber si la iglesia había hecho lo suficiente por mí, o si había hecho lo suficiente para asegurar mi salvación hasta después de morir.

Ahora, por primera vez en mi vida, estaba enfrentado con lo que Dios decía en su Palabra; estaba claro que la Iglesia, no importa a cuál perteneciera, nunca podría salvarme; también estaba claro que mis buenas obras y mejores esfuerzos no me podían ganar o merecer la Salvación. En las Escrituras leí las BUENAS NUEVAS: El Señor Jesucristo hizo lo suficiente por medio de su muerte en la cruz para salvarme. Leí en el Nuevo Testamento que **“La gracia Dios se ha manifestado para salvación a toda la humanidad”** (Tito, 2:11).

Aquí había una gran diferencia entre el plan de salvación del hombre y el de Dios. El plan de salvación del hombre era así: Pertenecer a una iglesia particular; hacer lo mejor; trabajar tu camino hacía el cielo. Pero ¿Cuál era el resultado final de esto? ¡Ambos, mi amigo evangélico y yo, sabíamos muy bien el resultado final! Eso te deja **ESPERANDO** que pudieras ir al cielo y **ESPERANDO** no ir al infierno. No sólo estaríamos **ESPERANDO** día a día, sino que cuando llegara nuestra hora de morir, no tendríamos seguridad; no podíamos obtener la seguridad de la salvación por medio de nuestros curas y pastores, porque ellos también estaban **ESPERANDO** que pudieran conseguir ir al cielo algún día.

Pero el plan de salvación es muy diferente a ése. Pablo lo deja claro: **“La gracia Dios se ha manifestado para salvación a toda la humanidad”** (Tito, 2:11). Este versículo habla de la gracia de Dios, la cual es el inmerecido favor de Dios al pecador; este versículo deja muy claro que la salvación es por Gracia; significa que Dios desciende hacia el pecador necesitado, revelándole el hecho de que le ama tanto que envió a su Hijo a la cruz por él. Jesús tomó el lugar del pecador, convirtiéndose en su sustituto y pagando la pena por el pecado que él debería haber pagado. Cristo sufrió un infierno en la cruz para que el pecador no necesite ir al infierno.

San Pablo nos cuenta que nosotros somos **“justificados gratuitamente por su gracia, mediante la redención que es en Cristo Jesús”** (Romanos 3:24). La Palabra de Dios dice que somos justificados **“GRATUITAMENTE”**; esto significa que la salvación es dada gratuitamente por Dios al hombre pecador. El pecador no necesita trabajar por ella o ganarla; la Salvación es **REGALO** de Dios para el pecador. Dios puede dar este regalo gratis al pecador por el hecho de que sus pecados ya han sido pagados por Jesucristo. ¡En ese momento yo podía ver que la salvación era un **REGALO GRATIS** de Dios para **MÍ!**

Yo clamé a Dios diciendo: “Señor, sé que soy un pecador y que merezco ir al infierno; sé que la iglesia no puede hacer nada por mi Salvación; también me he dado cuenta que no hay absolutamente nada que pueda hacer para merecer un lugar en el cielo. Durante mi vida he estado **ESPERANDO** que podía ser salvo como resultado de una combinación del trabajo en la iglesia hecho para mí y mis propias buenas obras. Te agradezco por enseñarme que eso no es posible. Gracias por mostrarme en las Escrituras que la salvación es un regalo que gratuitamente das al pecador. Te estoy muy agradecido porque **ME** amaste lo suficiente como para enviar a tu Hijo a morir en mi lugar y pagar la culpa de mis pecados. ¡Gracias Dios!

Ahora he dejado de depender de una religión o de las buenas obras para conseguir el cielo; tengo una relación personal con el Señor Jesucristo y dependo de él para salvarme. Mi fe esta en **“El Hijo de Dios, el cual ME amó y se entregó a sí mismo por MÍ”** (Gálatas, 2:20). Me he arrepentido de mis pecados y he sido perdonado. Ahora sé que significan las palabras de San Juan: **“Estas cosas os he escrito a vosotros que creéis en el nombre del Hijo de Dios, para que SEPÁIS que tenéis vida eterna”** (1 San Juan 5:13). Estoy confiando en Jesucristo como mi salvador; estoy despendiendo para mi Salvación sólo en él y en lo que él hizo por mí cuando sufrió y murió en la cruz en el Calvario. Como resultado de esto tengo la promesa de Dios de vida eterna.

Ya **HE DEJADO DE ESPERAR**, porque ahora **SÉ** que estaré en el cielo algún día. Esta seguridad no está basada en si una persona es católica o evangélica; está basada en el hecho de que **“De tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree no se pierda, sino que tenga vida eterna”** (San Juan 3:16).

INVITACIÓN

Querido amigo, ¿quizá has estado “haciendo lo mejor” durante muchos años? ¿Quizá has pasado un largo tiempo **ESPERANDO** que la membresía de una iglesia en particular podía conseguirte el cielo?; hoy todavía estás sólo **ESPERANDO**. No tienes la seguridad de que todo está bien entre tú y Dios. ¿Quizá estas **ESPERANDO** que como resultado de tus oraciones y ejercicios religiosos ganarás la salvación? ¡Pero no **SABES!**

En vez de buscar en la religión o buscar en tus propias buenas obras para salvarte, por qué no miras al Señor, quien dijo **“¡Mirad a mí y sed salvos, todos los términos de la tierra, porque yo soy Dios, y no hay otro!”** (Isaías 45:22)

El Señor te invita a llegar a él ¡**AHORA!** **“Venid luego, dice Jehová, y estemos a cuenta; aunque vuestros pecados sean como la grana, como la nieve serán emblanquecidos; aunque sean rojos como el carmesí, vendrán a ser blanca lana”** (Isaías1:18).

Reconociendo el hecho que eres un pecador, gira hacia él **AHORA MISMO** en un sincero arrepentimiento, pidiéndole que te perdone y confiando en él para salvarte. Después podrás decir **“HE DEJADO DE ESPERAR”**; ahora **SÉ** que voy al cielo, porque **“El Hijo de Dios, el cual ME amó y se dió asi mismo por MÍ.”**

